

Entrevista sobre la justicia global

1. ¿Ve usted alguna solución posible al problema de la justicia global y la pobreza severa?

¿Qué papel podrían o deberían cumplir los filósofos en tal sentido?

No parece probable que vayamos a vencer la dominación basada en la violencia, o su amenaza. Hay más posibilidades de que la pobreza masiva deje de existir en algún momento. Pero, mientras tanto ¿Cuántos seres humanos matarán nuestros injustos acuerdos económicos? En la actualidad, se producen 50,000 muertes prematuras por día, por causas relacionadas a la pobreza.

En cuanto al rol de los filósofos políticos: “Filosofía” quiere decir ‘amor a la sabiduría’, y la sabiduría, uno podría decir, es entender qué es lo que importa. Para muchos contemporáneos, incluyendo a muchos filósofos, la cuestión de lo que importa se reduce a lo que nos preocupa. Esta es una reducción paradójica, porque a la gente — inicialmente, por supuesto, cuando comienzan sus vidas adultas — le interesa profundamente que aquello por lo que se preocupa sea algo por lo cual tenga sentido preocuparse. Los filósofos no han sido de mucha ayuda últimamente. Ellos no nos han facilitado maneras de evaluar y modificar críticamente aquello que nos preocupa. Muchos han rechazado la búsqueda de esos estándares, a los que ven como estándares inseparablemente ligados a una anticuada metafísica o incompatibles con el pluralismo propio de las sociedades multiculturales.

Lo que debemos esperar de los filósofos es que ellos vuelvan a tener cosas interesantes para decirnos acerca de lo que importa y, específicamente, acerca de lo que importa moralmente. Cuando lo hagan, estarán contribuyendo con el movimiento hacia la justicia social – pasarán a ser el tábano de la sociedad o la conciencia de la sociedad, para decirlo de otro modo. Esto requerirá trabajo, no meramente trabajo en filosofía moral o filosofía política, sino también trabajo en economía, políticas de salud, ciencias políticas, historia y derecho, porque cualquier acercamiento adecuado a la justicia global requiere de un gran manejo de conocimiento de datos, causalidades y posibilidades histórico-políticas.

Al momento de elaborar este tipo de pensamiento trans-disciplinario, los filósofos políticos tienen una gran ventaja sobre los profesionales de esas otras áreas - ciencias económicas y políticas especialmente- donde la presión hacia la complacencia es mucho mayor. Los filósofos políticos saben que, no importa qué es lo que digan, no se les van a ofrecer consultorías, ni puestos bien/sobre pagos en el Banco Mundial o en el FMI, ni páginas en The Economist, ni van a ser evitados por sus pares por desafiar la ortodoxia dominante. (en lo personal, me quedé muy sorprendido cuando conocí lo fuerte que son las presiones que existen sobre los economistas académicos, y cuánto de esa producción se elabora al revés: desde las conclusiones deseables hacia los argumentos que las respaldan.) Hasta tanto la filosofía política se mantenga en los márgenes, las presiones hacia la conformidad no serán tan grandes como en otras disciplinas y, en todo caso, serán en parte recompensadas, dado que en la filosofía política todavía existe un aliento para los periféricos, los estrafalarios, los excéntricos y los desvalidos. Por lo tanto, yo espero más trabajo bueno, imparcial y multidisciplinario en cuestiones de justicia global por parte de la presente generación de jóvenes filósofos políticos, que de parte los académicos de otras disciplinas relevantes. Conozco un buen número de ellos y estoy impresionado por su buena voluntad para aprender lo que necesitan saber y pensar por ellos mismos.

2. ¿Cree usted que las instituciones de libre mercado pueden ayudar a los pobres a nivel mundial? Si ese fuera el caso ¿Piensa que los países pobres deberían proteger sus industrias mientras que los países ricos no? ¿Apoyaría usted una teoría a favor de las pequeñas industrias?

¡Por supuesto que las instituciones de libre mercado pueden contribuir a la erradicación de la pobreza! Es por eso que es tan desalentador que - a pesar de toda la retórica de libre mercado de los años recientes- los países mas ricos sean tan enérgicamente insistentes en retener los beneficios de los libres mercados de los pobres. Dándoles libre acceso a nuestros gigantescos mercados, podríamos ayudar enormemente a los pobres del mundo dándoles oportunidades de salirse ellos mismos de la pobreza. Denegándoles el libre acceso a nuestros mercados, les estamos denegando esa ayuda o –para ponerlo en términos mas fuertes, los estamos dañando y, con frecuencia, matándolos, Y en gran número.

Bajo el régimen de la OMC, los países ricos (menos del 16% de la población mundial con el 79% del producto global) han insistido exitosamente en tener derecho a continuar con las barreras al comercio tales como, por ejemplo, cuotas, aranceles, deberes anti-dumping, créditos de exportación y grandes subsidios a sus productos domésticos. Estas barreras al comercio han matado a millones de personas en los países más pobres, tal como FUERA implícitamente reconocido por autoridades tan importantes como Nick Stern, antiguo Jefe de Economía del Banco Mundial. Él calculó que cada puesto de trabajo de la industria textil que se mantiene en un país rico gracias al proteccionismo implica la pérdida de 33 puestos de trabajo en la industria textil de los países pobres. Stern señaló también que los países ricos gastaban \$300 mil millones anualmente sólo para subsidios de exportación de productos de agricultura, casi 6 veces su ayuda total para el desarrollo. Dijo que las vacas reciben casi \$2.700 en subsidios anuales en Japón y \$900 en Europa –mucho mayor que el ingreso anual de la mayoría de los seres humanos. Estimó que la eliminación total de la protección agrícola y los subsidios para la producción en los países ricos aumentaría las exportaciones agrícolas y de comida de los países de medios y bajos ingresos en un 24% y aumentaría los ingresos anuales rurales totales de esos países en \$60 mil millones (casi tres cuartos de los pobres del mundo viven en esas áreas rurales). Él también se refirió a las acciones proteccionistas anti-dumping, a las burocráticas aplicaciones de los estándares de seguridad y sanidad, y a las cuotas y aranceles textiles como barreras a las exportaciones de países pobres.

Stern fue especialmente crítico de los aranceles en constante aumento –impuestos que son más bajos en relación con las materias primas no procesadas y que aumentan bruscamente con cada paso del tratamiento y cada valor agregado- por socavar la manufacturación y el empleo en los países pobres, ayudando, por lo tanto, a reducir relegar a Ghana y Cote D'Ivoire a la exportación de granos de cacao no procesados, a Uganda y Kenya a la exportación de granos de café crudos, y a Mali y Burkina Faso a la exportación de algodón crudo. En algunos casos, ese proteccionismo de países ricos va descaradamente más allá de lo que las sesgadas reglas de la OMC permiten. Pero ¿Qué pueden hacer los países pobres al respecto? Ellos pueden llevar el caso a la OMC y, después de un largo y costoso proceso de arbitraje, ellos bien pueden ganar. Pero esa victoria terminará con las injustas barreras al comercio. Esa victoria simplemente le permitirá a los ganadores imponer aranceles equivalentes sobre las importaciones de los países perdedores que contrarresten esos aranceles en aumento, si el Estado perdedor mantiene sus barreras. De hecho, los países pobres han ganado el derecho a imponer esos “contra-aranceles”, pero rara vez los han impuesto –con frecuencia por miedo a enojar a un compañero de comercio mucho más poderoso. La persistencia,

a pesar de aumentar la riqueza global, de la pobreza masiva mundial es una crítica a la globalización de OMC, pero no a las instituciones del libre mercado.

La segunda cuestión que plantean en sus dos últimas preguntas es mucho más difícil. Aquí depende mucho de cómo se diseñan las instituciones globales y también de la situación particular de los países específicos. Para ilustrar: es posible que las protecciones a industrias pequeñas ayudaría a países pobres en el contexto de un orden global en el cual los países ricos practican el proteccionismo contra bienes y servicios que los países pobres buscan exportar – pero las mismas protecciones a las industrias pequeñas no ayudarían a los países pobres en un contexto hipotético alternativo en el cual los bienes y servicios pudieran exportarse sin impedimentos. También es bastante posible que las protecciones a las industrias pequeñas sean innecesarias o contraproducentes en industrias de trabajo intensivo en países pobres más grandes, pero útiles en industrias de capital intensivo en países pobres más pequeños. Aquellos que creen que hay una única respuesta correcta –sí o no- para todos los escenarios posibles, están, en mi experiencia, guiados por la ideología más que por una preocupación empíricamente sensible por la erradicación de la pobreza.

3. Algunas personas creen que la ayuda humanitaria puede ser útil sólo si el país receptor de esa ayuda tiene instituciones capitalistas (sin proteccionismo ni barreras a la inmigración). ¿Cuál es su punto de vista?

Yo creo que, típicamente, las instituciones de mercado son útiles mientras que el proteccionismo y las barreras a la inmigración no lo son. No obstante, la creencia que usted cita es demasiado amplia para ser creíble. La forma más fácil de derrotarla es con un contraejemplo. Piense en los así llamados “tigres asiáticos” (Hong Kong, Taiwán, Singapur y Corea del Sur) durante las décadas de los 50 y 60. Estos países recibieron mucha ayuda y experimentaron un asombroso crecimiento económico aun cuando ellos protegieron sus pequeñas industrias a través de serias barreras al comercio. En aquellos días, Estados Unidos, impaciente por establecer saludables economías capitalistas como contrapeso a la influencia china y soviética en la región, permitió a los “tigres” libre acceso a su mercado aun cuando ellos mantuvieron altos aranceles para proteger sus propios mercados. Hoy en día los países ricos simplemente no están dispuestos a conceder a los países pobres un acceso similar, y además cobran cuotas exorbitantes –por ejemplo, en la forma de renta económica por su “propiedad intelectual”- por el limitado acceso al mercado que estén dispuestos a concederles.

Algunos dirían que los “tigres asiáticos” hubieran prosperado tan bien, o incluso mejor, sin proteccionismo. Yo no me siento seguro para tomar una postura sobre esta cuestión hipotética para un lado o para el otro. Cualquiera sea la respuesta, la historia de los “tigres” muestra concluyentemente que la ayuda humanitaria puede funcionar con proteccionismo y barreras inmigratorias en el país receptor.

4. ¿Por qué cree usted que los economistas no han encontrado una forma de resolver el problema de la pobreza global?

Yo no estoy de acuerdo con su premisa según la cual los economistas no han encontrado tal respuesta. Sin dudas, muchos economistas dicen cosas muy tontas sobre la pobreza mundial y su persistencia, Y lo hacen porque les pagan, y les pagan muy bien, por esos pronunciamientos

“expertos”. Pero los economistas serios y de mente abierta saben lo suficientemente bien cómo reducir la pobreza mundial de manera rápida y efectiva. Aquí, el problema no es de conocimiento, sino de voluntad política. Para volver al tópico del proteccionismo, prácticamente no hay serias acerca de que, si los países ricos abolieran las barreras al comercio sobre los bienes de importación de los países más pobres, el empleo y los sueldos aumentarían considerablemente y, consecuentemente, la pobreza decrecería sustancialmente. Lo mismo se aplica a la abolición de barreras de mercado contra importaciones de trabajo por parte de los países pobres para ofrecer sus servicios en los ricos. Nosotros podemos no conocer la magnitud exacta de estos efectos, pero ciertamente conocemos la dirección. Si, no obstante, se mantienen las barreras, esto es por una decisión política de los gobiernos de los países ricos para servir a sus agricultores y corporaciones aun al previsible costo de agravar la pobreza en el mundo exterior. Los ejemplos podrían multiplicarse. Sabemos que la pobreza podría decrecer si nos rehusáramos a dar el reconocimiento a los peores y más ilegítimos dirigentes de los países pobres. Ello ocurriría si les negáramos – totalmente o en parte- el acceso a recursos, préstamos y privilegios de trato y armas de los que hablé antes. Pero, nuevamente, los países ricos no están dispuestos a negar ese reconocimiento principalmente porque ellos necesitan los recursos naturales de los países pobres y están dispuestos a pagarle a cualquiera que pueda efectivamente enviar estos recursos sin importar qué tan odiado, brutal, opresivo, corrupto, no democrático e inconstitucional pueda ser su dirigente. Sabemos que la salud entre los pobres del mundo mejoraría mucho si ellos pudieran comprar medicinas avanzadas a precios competitivos de mercado en lugar de enfrentar, como lo hacen ahora, precios monopólicos exorbitantemente más altos. Sabemos también de qué modo las innovaciones farmacéuticas podrían ser incentivadas y recompensadas de una manera diferente, que no excluiría a los pobres de sus beneficios. Un ejemplo, sobre el que he escrito extensamente es la creación de un segundo tipo de patente farmacéutica que no compensa a los inventores con el poder de fijar precios monopólicos, sino que los compensa en proporción al impacto del invento en la carga global de la enfermedad. Cualquier firma inventora sería libre de elegir entre la patente convencional o la nueva Patente-2. Si elige la última, su conocimiento resulta tratado como un bien público, estando la nueva medicina disponible para la producción genérica mundial. Esta no es la única propuesta plausible para una reforma sistémica y sostenible del sistema existente de patentes farmacéuticas. Pero basta para mostrar que lo que nos está faltando frente al problema de la pobreza no es conocimiento sino voluntad política.

La premisa de su pregunta es consistente con una percepción generalizada en los países ricos. La gente piensa que los países ricos ya han gastado sumas casi infinitas de dinero en la erradicación de la pobreza, sin resultados, y que sería pura estupidez seguir gastando. Hay tres cosas para decir en respuesta a ello. Primero, el trillón de dólares gastado en ayuda oficial al desarrollo en las últimas décadas no es una suma tan grande como suena. El mundo gasta un trillón de dólares cada año en las fuerzas armadas – 2,2% del producto global anual. Hoy en día, la ayuda oficial al desarrollo alcanza a más o menos \$100 mil millones anualmente, que es casi el 0.28% del producto nacional bruto de los países ricos y el 30% del déficit colectivo anual de los pobres del mundo de la línea de pobreza más alta del Banco Mundial (definido en términos de gasto en consumo anual por persona que es igual en poder adquisitivo a \$786 en los Estados Unidos en 1993).

Segundo, la vasta mayoría de la ayuda oficial al desarrollo se gasta a favor de agentes capaces de corresponder – en aliados políticos actuales o potenciales, en casa y en el extranjero. El portal Web de la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (ADIEU) reafirma este punto con absoluta franqueza: “El principal beneficiario de los programas de ayuda a extranjeros fue siempre los Estados Unidos. Casi el 80% de los contratos y subvenciones de la Agencia para el Desarrollo

Internacional de Estados Unidos va directo a empresas americanas. Los programas de ayuda a extranjeros han ayudado a crear mayores mercados para bienes agrícolas, Y nuevos mercados para exportaciones industriales americanas. Dichos programas significaron cientos de miles de puestos de trabajo para americanos.” Sólo casi un décimo de lo que se denomina ayuda oficial al desarrollo es actualmente gastado en erradicación de la pobreza o lo que la OECD llama servicios sociales básicos –definidos como educación básica, cuidados primarios de salud (incluyendo salud reproductiva y programas de población), programas de nutrición y agua limpia y sanidad, así como capacidad institucional para proveer estos servicios. Aun si sumáramos a este segmento de la ayuda oficial al desarrollo, los aproximadamente \$7 mil millones que los individuos le dan a organizaciones internacionales no gubernamentales, el total se acercaría a \$17 mil millones anualmente, que es casi el 0.048% del producto nacional bruto de los países ricos y sólo el 5% del déficit colectivo de los pobres del mundo de la línea de pobreza más alta del Banco Mundial. SIN DUDAS, el dinero gastado en erradicación de la pobreza ha sido muchas veces mal gastado. Pero aún cuando hubiera sido gastado sabiamente, hubiera sido demasiado poco para alcanzar algo como la erradicación de la pobreza severa.

Tercero, lo que los países ricos dan con una mano, lo recuperan con la otra. De hecho, obtienen mucho más de lo que dan. Los derechos de propiedad intelectual les cuestan a los países pobres decenas de miles de millones de dólares en rentas económicas, agravan mucho sus cargas de enfermedad y sofocan sus esfuerzos para actualizarse. Las barreras al comercio les cuestan a ellos cerca de un trillón de dólares anualmente en rentas de exportación perdidas. Otros cientos de miles de millones se pierden a través de exportaciones de recursos que enriquecen y consolidan tiranos y juntas completamente ilegítimos. Unos \$500 mil millones son ilícitamente transferidos cada año de los países pobres a los ricos: los frutos del soborno y la corrupción, la malversación, el contrabando, el tráfico, la evasión de impuestos y la fijación estratégica de precios de transferencia. Y decenas de miles de millones se transfieren -como ustedes los argentinos saben bien- para pagar las deudas en las que los tiranos y juntas anteriores incurrieron por el bien del despilfarro y de gastos para el enriquecimiento personal.

5. Usted ha propuesto reformas institucionales (tales como el Dividendo de los Recursos Globales, la reforma de las reglas de patentes y la reforma de los cuatro privilegios internacionales¹) como una forma de ayudar a los pobres del mundo. Pero sus propuestas parecen utópicas.

Primero, los votantes no tienen incentivos para informarse adecuadamente acerca de cómo las instituciones afectan a los pobres del mundo. Muchos votantes pueden no tener en cuenta el problema de los pobres del mundo cuando van a la votación. Segundo, los políticos no tienen suficientes incentivos para preocuparse por los pobres del mundo. Ellos tratan de satisfacer las necesidades de la gente que vota por ellos, para ser reelegidos. Tercero, el país rico *A* preferirá sacar ventaja gratuitamente (free ride) de la ayuda que otros países ricos provean para los pobres del mundo, y así lo harán los otros países ricos. Uno podría decir que dada la situación de dilema del prisionero, nadie ayudará a los pobres del mundo.

¿Cómo puede solucionarse esta situación?

¹ See Pogge, T., *World Poverty and Human Rights: Cosmopolitan Responsibilities and Reforms*, Cambridge, Polity Press, 2002.

Ustedes me dan tres buenas razones para dudar de que mis propuestas de reforma institucional sean realistas. En respuesta, permítame decir primero que el realismo político es una cuestión de grado. Algunos cambios importantes pueden ser poco probables y, sin embargo, posibles. Las condiciones que impiden los cambios pueden cambiar o ser cambiadas. Consecuentemente, el marco temporal también importa: algo que es poco probable que suceda en la década siguiente puede resultar mucho menos improbable dentro de cien años. Para ilustrar ambos puntos, piense en la abolición de la esclavitud – en cuán completamente irrealista parecía eso durante fines del siglo 18, cuando el comercio de esclavos era extremadamente rentable y la economía de las colonias estaba centralmente basada en la explotación del trabajo esclavo.

En ese entonces también existían razones análogas a las tres que me mencionaron. Los ciudadanos de los poderes coloniales no tenían incentivos para informarse acerca de las condiciones a las que estaban sujetos los esclavos. Directa o indirectamente, casi todos ellos se beneficiaban substancialmente de la esclavitud. No obstante, un grupo determinado de personas, motivadas por razones religiosas y morales, comenzaron un movimiento abolicionista que hizo progresivamente más difícil para sus compatriotas apoyar la esclavitud. Aquí, la gente de la clase trabajadora de Manchester jugó un papel crucial cuando, en 1787, juntaron la ardua batalla contra la esclavitud con una petición firmada por 11,000. La campaña contra la esclavitud ponía en peligro sus sustentos porque mucho del algodón de las plantaciones de trabajo esclavo era procesado en Manchester. Y muchos de estos trabajadores eran ya mucho más pobres de lo que los ciudadanos de las adineradas democracias de hoy pueden siquiera imaginar. Aquellos que no tenían dinero para dar apoyaban la causa con aquello que podían. Las mujeres especialmente, aún muy forzadas por la ley y las costumbres, apoyaron el movimiento, aportaron costuras con imágenes anti-esclavitud e inscripciones (“¿No soy una mujer y una hermana?”) y se negaron a comprar azúcar (cultivada por esclavos en las “Indias del Oeste”).

Esta gente no miró para otro lado, ni hizo todo lo posible por mantenerse ignorante del gran crimen en el cual su país estaba involucrado. No culparon de todo ello a los cazadores africanos de esclavos o a los comerciantes de Liverpool o a los políticos británicos. No señalaron a otros países para exonerar al propio. Ellos no alegaron pobreza, falta de poder o ignorancia. Ellos no se refugiaron en el pensamiento según el cual la gente de su bajo rango no podía ser considerada responsable por los crímenes cometidos por su país. Ni tampoco fueron disuadidos por SUS bajas probabilidades de éxito. Estos hombres y mujeres de la clase trabajadora de Manchester del siglo 18 entendieron mejor su responsabilidad compartida por la miseria, de lo que lo entienden hoy sofisticados periodistas y filósofos políticos. Si ellos fueron capaces de reconocer y parar el crimen de su país, entonces también pueden hacer lo propio los ciudadanos de los países ricos de hoy en Europa y Norteamérica.

El ejemplo trata de alguna manera de poner su primera razón en perspectiva. Sí, los votantes de los países ricos de hoy no encuentran en su mejor interés personal informarse e insistir en que la política extranjera de su país deba no deba perpetuar el problema de la pobreza mundial. Sin embargo, esos votantes **pueden** ser sensibles a razones morales, pueden informarse, pueden insistir en una política extranjera mínimamente moral. Esta posibilidad presenta una oportunidad de informar y sensibilizar a los votantes. AQUÍ es especialmente importante, en mi opinión, explicarle a la gente que el problema de la pobreza –a pesar de ser el desastre humano más grande de todos los tiempos (matando a tanta gente cada tres años como las fallecidas en toda la Segunda Guerra Mundial, incluyendo campos de concentración y gulags)- es pequeño en términos económicos: a pesar de que la mitad de los seres humanos vive en la pobreza severa, su déficit conjunto de un

estándar mínimamente decente de vida equivale a sólo el uno por ciento del ingreso nacional bruto de los países ricos. Los ciudadanos de estos países ricos no nos damos cuenta de que es por el bien de beneficios realmente triviales que estamos manteniendo a la mitad de la humanidad en la miseria. La parte de un programa serio de erradicación de la pobreza con la que estados Unidos tendría que cargar –cerca de \$100 mil millones anualmente- no es mayor al costo que este país asumen actualmente en la ocupación de Irak, por ejemplo.

Imagine que los ciudadanos de los países ricos comprendieron completamente la economía de la pobreza mundial. Imagine que entendieron que un esfuerzo serio por erradicar la pobreza global reduciría sus ingresos sólo en un uno por ciento. ¿Votarían ellos por continuar manteniendo miles de millones en la pobreza por ese uno por ciento extra? Yo pienso que la mayoría no. La mayoría apoyaría e incluso exigiría un esfuerzo serio para la erradicación de la pobreza que aboliera, ante todo, la gran carga que las sociedades ricas les imponen hoy a los pobres del mundo. Ellos exigirían la abolición de las vastas cargas de deudas y la abolición de los gigantes márgenes de beneficio comercial provenientes de drogas esenciales que son apropiadas de forma privada a través del monopolio de patentes. Y ellos exigirían la abolición del reconocimiento hoy dado por sentado a dirigentes completamente ilegítimos –reconocimiento por el cual los países ricos autorizan de manera efectiva a cualquier persona o grupo que tenga poder efectivo en un país pobre (sin consideración acerca de cómo esos dirigentes adquirieron o ejercitan ese poder) a vender los recursos del país y a gastar las ganancias de esas ventas, a pedir prestado en nombre del país y por lo tanto a imponer sobre él obligaciones derivadas de la deuda, a firmar tratados sobre el comportamiento del país y, por lo tanto, A atar a su población presente y futura, usando rentas del Estado para comprar medios de represión interna.

Entonces, aun cuando usted tenga razón respecto de que no podemos esperar mucho liderazgo moral por parte de los políticos y de que los políticos siempre tratarán de ser reelegidos satisfaciendo a los votantes, aun así podríamos esperar de modo realista el cambio iniciado por los votantes a los cuales esos políticos de los países ricos deben ser sensibles. Podemos lograr que esos votantes comunes insistan en que ellos preferirían estar sin esos pocos cientos de dólares extra cada año que hoy son adquiridos por ellos al costo de pérdidas inimaginables, incluyendo 18 millones de muertes relacionadas con la pobreza cada año.

Cuando, como consecuencia de la presión proveniente de abajo, los políticos desarrollen una preocupación por la pobreza global, entonces ellos podrán encontrar maneras de mitigar o vencer el problema del free-rider que usted dio como tercer razón para el escepticismo. Es cierto que los gobiernos y corporaciones compiten en el área internacional y que cada uno está tratando duramente de no caer tras esa competencia, y de no ser injustamente desfavorecido a través de restricciones y esfuerzos morales unilaterales. Pero este hecho no elimina la posibilidad de que los gobiernos ricos y las corporaciones sean incentivados a hacer mucho más aceptando y obedeciendo reglas que se apliquen a todos ellos y, por lo tanto, los alivien del temor de que su propia restricción lo perjudicará injustamente y Lo llevara a perder terreno frente a sus competidores. Los exitosos esfuerzos por reducir la pobreza dentro de los estados ejemplifica mejor este modelo de reforma estructural que los esfuerzos morales individuales. Y así lo hacen las exitosas iniciativas internacionales para lidiar con los problemas de acción colectiva, como se ejemplificó en el Protocolo de Montreal sobre sustancias que reducen la capa de ozono o en el Protocolo de Kyoto sobre gases invernaderos (que salió a pesar de ser boicoteado por los Estados Unidos, el contaminador más grande del mundo.)

Conociendo la enorme magnitud de muerte y destrucción causada por la pobreza mundial, uno está inclinado a asumir que son muchas las cosas que deben pasar a funcionar bien para que un problema tan grande se resuelva. Por el contrario, muchas cosas tienen que ir mal para que el problema persista en semejantes dimensiones, año tras año. En particular, muchos de los principales rasgos de nuestro orden institucional global deben estar diseñados sin TOMAR EN consideración la cuestión imperativa de acabar con la pobreza. Y la aplastante mayoría de LOS ricos tienen que conseguir no enfrentarse con lo que estamos haciendo. A pesar de su terrible magnitud y destructividad, el problema de la pobreza mundial es frágil. Un esfuerzo inteligente y bien organizado por –incluso– unos pocos cientos de personas, podría desencadenar su derrota, como la movilización de Manchester de 1787 desencadenó la derrota –unas décadas después– de la esclavitud. No puedo afirmar que esto es lo que va a suceder, ni siquiera decir que es probable que esto suceda durante nuestras vidas. Pero estoy seguro de que es posible y seguro de que debemos probar.

6.- ¿Cómo utilizaría el Dividendo de los Recursos Globales (GRD) que propone? ¿Funcionaría como un impuesto al consumo de recursos naturales? ¿Requeriría un gran sistema burocrático? ¿Cómo controlaría la corrupción y qué medidas adoptaría para hacer cumplir la ley (enforcement)?

La propuesta de GRD prevé que los estados y sus gobiernos no tendrán plenos derechos de propiedad libertaria respecto de los recursos naturales en su territorio. Lo que hace es pedirles que compartan una pequeña porción del valor de cualquier recurso que decidan usar o vender. Este importe que deberían abonar es un dividendo, más que un impuesto, porque se basa en la idea de que los pobres del mundo tienen un interés inalienable sobre todos los recursos naturales limitados. Como en el caso del “stock preferido”, este interés no les concede ningún derecho a participar en las decisiones acerca de cómo se utilizarán los recursos naturales y tampoco niega el control nacional sobre los recursos o el “dominio eminente.” Si embargo, les da derecho, a quienes tienen interés, a una porción del valor económico del recurso en cuestión, si quien lo posee decide utilizarlo. Esta idea podría extenderse a los recursos limitados que no se destruyen con su uso sino que simplemente se erosionan, se agotan o se ocupan, como el aire y el agua que se utilizan para liberar contaminantes, o la tierra utilizada para cultivo, hacienda o edificación.

El GRD se impondría a los países productores de recursos, no a los individuos, y daría libertad a esos países para que recolecten los recursos necesarios de la manera que prefieran. Sin embargo, dichos países tienden a transferir los costos del GRD a los compradores de los recursos naturales, para quienes los precios de mercado aumentarán en la proporción del monto que grava el GRD o algo similar.

No creo que el esquema del GRD requiera un mecanismo burocrático global para hacerlo cumplir. Aunque, por supuesto, requerirá sanciones que lo respalden. Pero las sanciones podrían ser descentralizadas: cuando la agencia que facilita la circulación de los pagos del GRD reporte que un país no ha cumplido las obligaciones que asumió bajo este esquema, entonces se deberá exigir a los demás países que impongan impuestos a las importaciones desde y las exportaciones hacia ese país, para incrementar los recursos hasta un monto equivalente a sus obligaciones GRD más el costo de estas medidas para su cumplimiento. Estas sanciones descentralizadas presentan una muy buena oportunidad para desalentar las deserciones a pequeña escala. Actualmente, nuestro mundo es altamente interdependiente en materia económica y tiende a permanecer de este modo. La mayoría de los países exportan e importan entre el diez y el cincuenta por ciento de su producción doméstica bruta. Ningún país se beneficiaría cerrándose al comercio internacional para evitar las

obligaciones que le impone el GRD. Todos los países tendrían motivos para cumplir sus obligaciones de GRD voluntariamente: para conservar el control sobre la manera en que se colectan los fondos, para evitar pagar extra por las medidas para el cumplimiento de sus obligaciones y para evitar la publicidad en su contra asociada con el incumplimiento.

Sin dudas, dicho esquema de sanciones descentralizadas funcionaría únicamente en la medida en que los Estados Unidos y la Unión Europea cumplan y participen del mecanismo sancionatorio. Asumo que ambos lo harán, siempre y cuando, en primer lugar, sea posible comprometerlos con el esquema del GRD. Nuevamente, esta es la gran dificultad: cómo movilizar la voluntad política. Aquí mi esperanza ha sido que quienes están comprometidos con la erradicación de la pobreza a nivel mundial y quienes están al tanto de las amenazas de agotamiento de los recursos y contaminación que enfrenta que nuestro planeta, reunirán las fuerzas capaces de movilizar el GRD que, después de todo, les traerá beneficios ecológicos considerables al reducir la porción de recursos no renovables dedicados al consumo global.

Lo recaudado con el GRD será utilizado para asegurar que todos los seres humanos puedan satisfacer sus propias necesidades básicas dignamente. La meta no es exclusivamente mejorar la nutrición, la atención médica y las condiciones sanitarias de los pobres, sino también posibilitar que ellos mismos puedan defender y satisfacer efectivamente sus intereses básicos. Esta capacidad presupone que son libres de todo sometimiento, que son capaces de leer y escribir y de aprender una profesión, que pueden participar de manera igualitaria en la política y en el mercado laboral y que se encuentran protegidos por derechos legales adecuados que ellos pueden entender y hacer cumplir efectivamente por medio de un sistema legal abierto y justo.

Tiene sentido, por supuestos, preocuparse por la creación de un nuevo Y enorme sistema burocrático que contará con un presupuesto anual de trescientos millones de dólares. Sin embargo, no concebí esta agencia de manera que inicie sus proyectos de la manera que lo hacen las agencias gubernamentales de los países pobres, las ONGs (como Oxfam), las organizaciones internacionales (tales como UNICEF) o los ministerios de ayuda para el desarrollo de los países ricos, sino que la concebí como una agencia que monitorea y evalúa cuidadosamente el impacto a largo plazo de los proyectos emprendidos por otros – actualmente tal evaluación del impacto a largo plazo es inusual y descuidada- y luego desembolsa su dinero para reabastecer los fondos de los mejores proyectos y organizaciones. Si resulta que un sistema de pequeños préstamos realmente funciona para permitirles a los pobres salir de la pobreza, la Agencia de GRD podría proveer los fondos para expandir el sistema de micro préstamos y quizás incluso subsidiarlo para reducir la tasa de interés anual, por ejemplo, de un 20% a un 10%. Es posible que la Agencia de GRD no vaya a estar totalmente libre de corrupción, pero hay mucha corrupción en los gobiernos y en las corporaciones, hay corrupción prácticamente en todos lados. Los cuerpos militares, por ejemplo, son notoriamente corruptos tanto en los países ricos como en los pobres y, tristemente, los ejércitos aún funcionan eficientemente. Una Agencia de GRD internacional podría ser organizada de manera que sea menos vulnerable a la corrupción que los cuerpos militares porque podría ser mucho más transparente y podría asignar un rol central de monitoreo a los representantes de la pobreza global.